

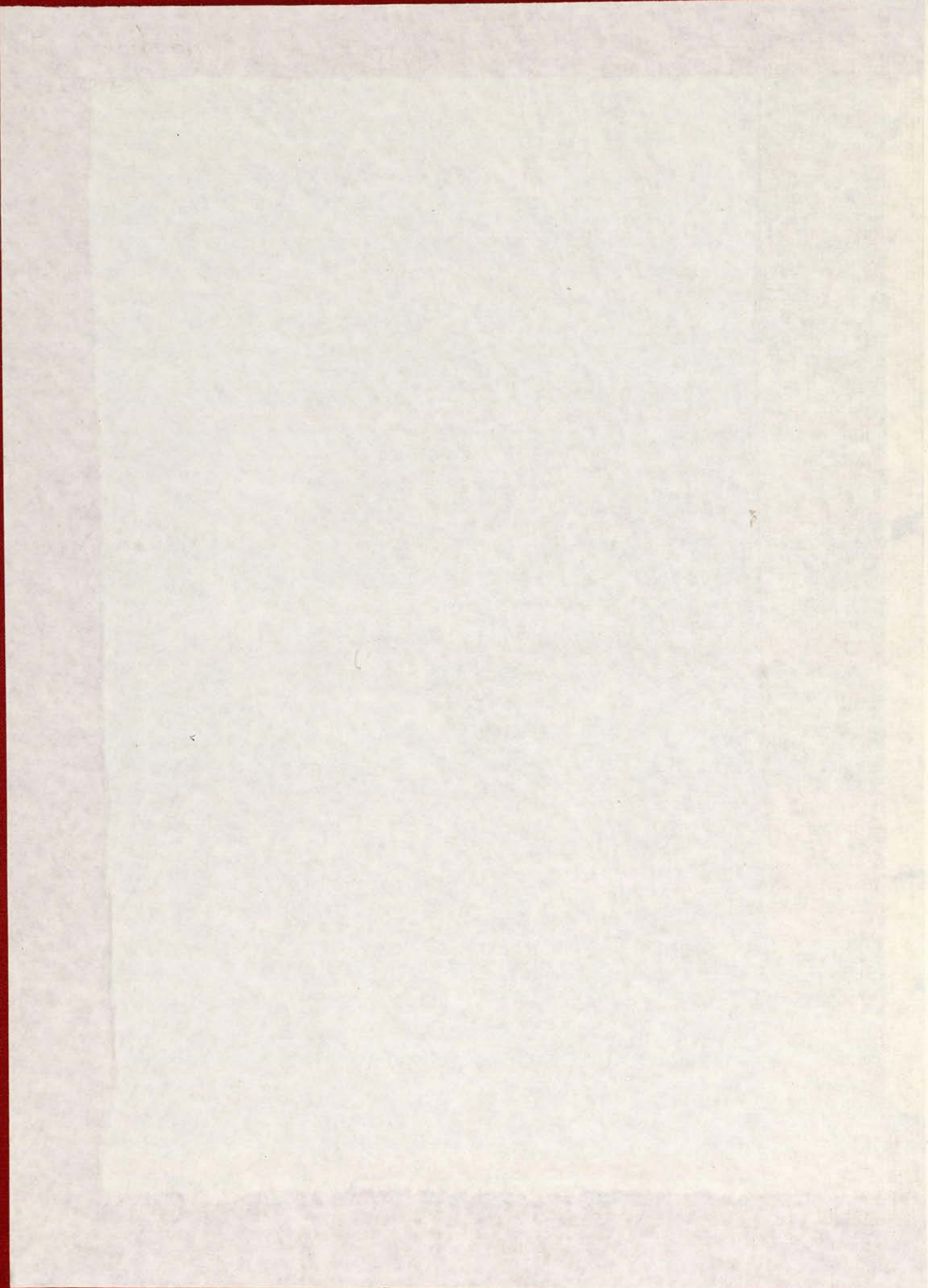
A-Caj.
142/4



MARQUES DE MIRAFLORES
—
BIOGRAFIA
DE
D. PEDRO TELLEZ GIRON

1851





A - Caj. 142/4

R
142205

BIOGRAFIA

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO TELLEZ GIRON,

PRINCIPE DE ANGLONA , MARQUES DE JAVALQUINTO, TENIENTE GENERAL
DE LOS EJERCITOS NACIONALES Y VICEPRESIDENTE DEL SENADO.

ESCRITA DESPUES DE SU MUERTE

FOR SU ANTIGUO AMIGO

EL MARQUES DE MIRAFLORES,

ACTUAL PRESIDENTE DEL SENADO.



MADRID.

IMPRESA Á CARGO DE JOSÉ RODRIGUEZ,
calle de S. Vicente Baja, núm. 74.

1851.

BIOGRAFIA

EXCMO. SR. D. PEDRO TELLES GIRON

MINISTRE DE LA GUERRA Y DE LA MARINA EN LA REVOLUCION DE 1808
DE LOS REINOS DE CASTILLA Y LEON Y DE ARAGON Y DE SICILIA

ESCRITA DESPUES DE SU MUERTE

DE SU HIJO DON PEDRO TELLES GIRON

EL MARQUEZ DE MIRAFLORES

CONDE DE BELLVER Y DE S. JUAN DE LOS RIOS

MADRID

IMPRESA A CARGO DE JOSE RODRIGUEZ

CALLE DE LA PLAZA DE SAN JUAN, 27

1881



D. PEPRO TELLEZ GIRON Y PIMENTEL,
PRINCIPE DE ANGLONA, MARQUÉS DE JAVALQUINTO, TENIEN-
TE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, CABALLERO
GRAN CRUZ DE SAN FERNANDO Y DE CARLOS III DE ESPA-
ÑA, Y DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, ANTIGUO
CONSEJERO DE ESTADO, SENADOR Y VICEPRESIDENTE DEL
SENADO, *nació el 15 de Octubre de 1786, y falleció en
Madrid el 24 de Enero de 1851.*

LA biografía del difunto Príncipe de Anglona será
ciertamente la expresión de la pura verdad; ni la
amistad, ni el espíritu de clase entrarán por nada pa-
ra realzar los brillantes merecimientos del ilustre ca-
ballero, del militar bizarro probado en cien encuen-
tros con los primeros soldados de Europa, del hom-

bre de Estado , prudente y entendido , calidades todas que reunió en alto grado el General Príncipe de Anglona , cuya biografía me propongo escribir.

Su hoja de servicios militares en la mano , hechos fuera de la jurisdiccion de las pasiones , y hechos que pueden ser justificados por mil y mil testigos de vista , estos serán los materiales de tan interesante biografía : al escribirla satisfago un deber de amistad ; sentimiento casi único que queda al hombre cuando han dejado ya de existir todas las ilusiones , consuelo de la vida , y el solo que puede aliviar el alma despues de haber atravesado una carrera tan agitada y azarosa como la que nos ha cabido á los hombres públicos de esta época.

Fueron sus padres el muy ilustre D. Pedro Tellez Giron y Velasco Duque de Osuna , y Doña Maria Josefa Pimentel Condesa de Benavente ; su nacimiento fué acompañado de una circunstancia notable : en el término de un pequeño pueblo llamado Quiruelas , inmediato á Benavente , al que se dirigian los ilustres Duques , se verificó el nacimiento del Príncipe en el coche en medio del camino , habiendo sido bautizado en Benavente en la parroquia de San Juan de los Caballeros : tal coincidencia en su nacimiento parecia

anunciar de antemano la azarosa carrera que el recién nacido debía de recorrer en su patria, que antes de muchos años comenzó á agitarse sin haberse aquietado definitivamente todavía.

Era el Duque de Osuna, padre del Príncipe, uno de los hombres distinguidos de su época por las calidades é ilustracion entonces no muy generalizada que le adornaban, y no fué de consiguiente extraño que procurase dar á sus hijos la aventajada educacion que exigia su alta posicion y fortuna. Eligió, pues, para ayo de sus hijos, porque el Duque tenia varios, al estimable y modesto sabio D. Diego Clemencin, sugeto muy apreciado por sus virtudes y ciencia entre los que figuraban á la sazón en España, reputacion que mas adelante justificó, ya como célebre escritor primero, ya despues como distinguido hombre de Estado, habiendo llegado á Ministro de la Gobernacion del Reino en la segunda época constitucional, en la que tambien figuró en primera línea su querido alumno el Príncipe de Anglona. Desde sus mas tiernos años fué el jóven Príncipe destinado por su padre á la carrera de las armas, que el Duque habia seguido con mucha distincion.

En efecto, á los cuatro años de edad vistió el Prín-

cipe por primera vez el honroso uniforme de cadete de Reales Guardias Españolas, y á los ocho, para dar la munificencia Real un distinguido testimonio de aprecio á los eminentes servicios, no solo militares, sino diplomáticos del padre, fué su hijo nombrado capitan con agregacion al regimiento de América, que el Duque de Osuna mandaba, cuya gracia preparó al Príncipe rapidísima carrera.

Al cumplir doce años el jóven capitan, fué su padre nombrado Embajador de Viena, y marchó para su destino, llevando en su compañía á su hijo. Detúvose el Duque de Osuna en Paris sin duda á indicacion del Gobierno, que aspiraria á tener en la capital de la Francia tan conmovida á la sazón, un hombre importante que pudiera apreciar tan graves acontecimientos contemporáneos como la llegada de Bonaparte á Paris el famoso 18 brumario, dia célebre en que dió fin de hecho el furor demágogico de la embravecida revolucion contenida por su espada, apareciendo en seguida el Directorio, luego el Consulado y poco despues el Imperio, proporcionando esta coincidencia al Príncipe de Anglona, que su razon apenas naciente se comenzase á desarrollar entre las aventajadas inteligencias de un Tayllerand, de un

Sieyes y de tantos hombres eminentes como los que entonces empezaron á figurar en Francia y que frecuentaban su casa.

Una de las muchas é importantes medidas de Bonaparte, ya Emperador de los franceses, resultado tambien de negociaciones diplomáticas con España, fué la creacion del reino de Etruria, en cuyo trono se colocó á la Infanta de España Doña Maria Luisa, la que al tomar posesion del nuevo reino, fué acompañada á Italia de una brillante division de 6,000 hombres de tropas españolas de todas armas al mando del distinguido General D. Gonzalo O'Farril, que llevó en su compañía en calidad de su ayudante de campo al ya graduado de Teniente Coronel Príncipe de Anglona.

Lisonjear debió al jóven Príncipe su primera salida al mundo, y que esta fuese en Italia, cuna de las artes, á las que desde entonces dedicó toda su aficion con el caloroso entusiasmo propio de su juventud y de su alma de fuego.

En efecto, durante su residencia en Italia, ocupó útilmente su tiempo ya en los ejercicios y deberes militares á que su puesto le obligaba, ya en satisfacer su aficion insaciable de ver y de investigar tan-

tos y tan multiplicados objetos artísticos é históricos como la Italia encierra. En Pisa y Liorna se verificaron entonces importantes simulacros militares que su General O'Farrill mandaba y dirigia, atacando y defendiendo el histórico puente de Pisa sobre el rio Arno, donde en su dia hubo luchas encarnizadas y sangrientas de antiguos bandos , en que el pais se hallaba dividido; asistia Anglona naturalmente como Ayudante de Campo á estos simulacros, que se verificaron en preseneia de la Reina; y cuando sus deberes militares se lo permitieron , y aprovechando los momentos de descanso , recorria presuroso las primeras ciudades de Italia; Venecia, reina del Archipiélagó; Roma, centro de las artes y depósito histórico de los recuerdos inmensos del gran poder romano; fueron visitadas por Anglona con caloroso afan de investigacion, asistiendo asiduo á los talleres y estudios de Canova y Camucini, eminentes artistas de la época. Asi se preparó el jóven Príncipe desde su edad primera para sobresalir en su dia como sobresalió en efecto ya como militar, ya formándose tan aventajada inteligencia en las artes, que le constituyeron largos años en la posicion indisputable del primer inteligente del Reino, ocupando con justicia al morir el

honroso y merecido puesto de primer Director de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando: siendo tambien miembro de la ilustre Academia de la Historia de Madrid.

El año de 1807 fué deshecha la division de Etruria, y el Príncipe de Anglona volvió á su patria, donde á su llegada á Madrid fué nombrado Teniente Coronel del regimiento de caballeria de cazadores de la Reina, encargándole á muy poco tiempo en comision el mando del regimiento de caballeria de Pavia, cuyo Coronel Jáuregui fué comprendido en la ruidosa causa conocida con el nombre de Causa del Escorial, suceso precursor de la gran revolucion de 1808, la cual procuró al jóven Príncipe un ancho campo de gloriosos anales para su fama.

A principios de 1808 marchó el Príncipe con el regimiento de Pavia, cuyo mando tenia en comision, al Puerto de Santa Maria, llegando poco antes que se verificaran los inolvidables sucesos del 2 de Mayo de Madrid, que fueron el golpe eléctrico que inflamó la Nacion entera alzada contra la villania cometida por Bonaparte en España, villania que formó el primer eslabon de la cadena de sus demasias, las cuales llevaron su gloria y su fortuna á

la roca del Occéano, donde se eclipsó su estrella.

Mas el sacudimiento social y político que principió para España el 2 de Mayo de 1808 en Madrid, dada la naturaleza del hombre y sus pasiones, y tomando en cuenta la historia de los acontecimientos que el pais venia presenciando veinte años hacia, es decir, desde que en 1788 habia descendido al sepulcro el respetable y virtuoso Monarca el Sr. Rey D. Cárlos III, debia ser reaccionario, y de consiguiente desastroso y aun sangriento. Asi fué en efecto; la revolucion empezada en Aranjuez el 19 de Marzo, ya habia marcado tristes condiciones de violencias, que empezadas contra el Príncipe de la Paz, era probable se extendieran mas tarde contra sus hechuras, y que crearan un gérmen de peligrosos desmanes y desafueros sucesivos.

Apenas habia llegado Anglona con su regimiento de Pavia al Puerto de Santa Maria, se hicieron sentir en Cádiz los ecos del 2 de Mayo de Madrid, empezando el pueblo á hostilizar la Escuadra francesa que se hallaba en aquellas aguas, perturbándose la quietud pública con alardes revolucionarios, iniciados por dar libertad á los presos de la Carraca, excitándose fuertemente los ánimos contra el distingui-

do Gobernador el General Solano , apellidándole traidor, porque no aprobaba los excesos del motin ni las ideas de los amotinados. Crítica era la situacion de Solano, y el jóven Coronel de Pavia se ofreció á secundar los esfuerzos de la autoridad contra los desmanes de la plebe, llegando el caso de entrar en Cádiz con su regimiento y cargar á los amotinados en las calles, haciéndoles ceder por el momento el terreno ; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la fuerza de las cosas y del destino, que tenia decretado empezase para España una revolucion si fecunda en heroismo, no escasa en sangre, siendo de las primeras víctimas el Gobernador Solano, sacrificado por la barbarie de un pueblo en delirio.

No tardó Sevilla en participar de la conmocion de que Cádiz era ya teatro, esparciéndose por toda España el eco justo y universal de guerra contra los franceses, cuya conducta en España habia indignado todos los pechos donde ardia el sacro fuego de patria y honor.

En todas partes se acudió á la necesidad mas urgente de suplir con gobiernos locales la horfandad en que dejará al Gobierno central la pérvida prision hecha por el Emperador de los franceses en la idolatra-

da persona del Rey Fernando VII, en la cual la Nacion entera habia puesto las esperanzas de un lisonjero porvenir.

La Junta de Sevilla fué de las primeras y mas notables de todas las creadas, pues podia ejercer su accion en un pais importantísimo y rico, de gran extension de territorio, y sobre todo, desembarazado todavia de franceses, que aun no habian llegado entonces al confin andaluz, si bien no tardaron en franquearle, adelantándose despues de Mayo de 1808 hasta Córdoba.

Mas en presencia del peligro, la Junta de Sevilla, no se desalentaba, activando con prodigioso entusiasmo la formacion de un ejército llamado de Andalucía, para cuyo mando en gefe nombró al Teniente General D. Francisco Javier Castaños, á la sazón Comandante General del campo de San Roque, reuniendo fuerzas de todas partes, haciendo levantamientos, y organizando reclutas que entusiasmados á la voz de Fernando é independencia del extranjero, no tardó en formar un ejército que se puso pronto en movimiento contra los franceses, que prudentes abandonaron á Córdoba, y se retiraron sobre Andujar.

Parte y muy principal de este ejército lo fue el bri-

llante regimiento de Pavia, que Anglona mandaba y cuyo mando obtuvo en propiedad en los primeros dias de Julio en Utrera; componíase este regimiento de 440 excelentes caballos en el mejor estado de equipo y disciplina, con una muy brillante oficialidad, por cuya razon fué destinado con su jóven Coronel Anglona á la vanguardia del ejército de Andalucía, que no tardó en emprender su marcha hácia Andujar, de donde los franceses no salieron hasta la víspera de la batalla de Bailen.

Al escribir la biografía del Coronel de Pavia, no es de mi propósito describir esta gloriosa batalla, donde por la primera vez las águilas del imperio, que jamás hasta entonces habian doblado su cuello erguido, se rindieron ante un ejército bisono semi-improvisado, y en el que solo Pavia y algun otro regimiento antiguo, estaban en el caso de sostener la reputacion de los antiguos Tercios Castellanos y Aragoneses; pero que tales como eran, rindieron á 19,000 soldados del Emperador, que quedaron prisioneros del ejército español de Andalucía despues de una capitulacion famosa en nuestros anales.

No cupo al jóven Anglona poca parte en tan brillante jornada como Coronel, habiendo desempeñado



personalmente en la capitulación y después de ella cerca del rendido General Dupont comisiones especiales, formando la escolta del vencido General del Imperio uno de los escuadrones de Pavia, á solicitud de Dupont mismo, que admiró el porte de los soldados de la escolta y de su Coronel venido al campo francés en comisión de su general en jefe.

Tampoco es de mi propósito trazar el espectáculo de inmensa grandiosidad que presentó el país que atravesara el ejército de Andalucía, cuya vanguardia mandaba Anglona, compuesta de su regimiento y del de infantería de Campo Mayor, dirigiéndose á la capital, cuya entrada triunfal del ejército, mandado por Castaños, forma en la historia una página gloriosa, y cuya descripción no es posible que deje de ser descolorida, no trasladándose á la misma época, y no existiendo volcanizadas las cabezas y las almas, como lo estaban entonces todas las de un pueblo en el delirante entusiasmo que no alcanza ni el pincel ni la poesía á describir con los verdaderos colores que lo presentó la realidad, y solo pueden apreciar los contemporáneos.

Al Príncipe de Anglona le fué dado entrar en la capital el primero entre sus libertadores. Madrid vió al frente de la vanguardia del ejército español, que en-

tró triunfante, al jóven bizarro de la noble estirpe de sus Próceres, al hijo segundo de la casa de Osuna y Benavente, heredero de su noble sangre; él desempeñó la mision gloriosa de ser el primero que abandonada la capital por los franceses, alzase su voz en sus calles con el, entonces grito sagrado de Fernando é Independencia. Profundas debieron ser las emociones que sintiera su alma á la edad de veinte años, edad de ilusiones y de caloroso entusiasmo.

Mas no fué muy larga su estancia en la capital. En Bailen se habia puesto la primera piedra de la independencia de España; pero el edificio necesitaba para levantarse víctimas y sangre, y en efecto, al dia brillante de Bailen, debieron seguirse muchos de amargura, de contrariedad y de reveses. El gran pueblo español tenia que habérselas con el coloso militar que veia á sus plantas las primeras potencias de Europa; no era casi posible triunfase solo; debia despertar de su alucinamiento á la Europa de Ultra-Rhin para combatir el sistema continental de Bonaparte, que realizado, habria ultrajado la antigua historia de la Alemania y hecho temblar la gran creacion de Pedro el Grande; debia en fin aliarse con el coloso de los mares, cuya preponderancia la conservó siempre li-

bre é independiente de la espada del soldado de Córdoba: así se verificó en efecto.

Mas hasta llegar á este punto, debió pasar la España por mil y mil reveses de larga duracion, que empezaron en la infausta jornada de Tudela. Despues de una corta permanencia en Madrid del ejército de Andalucía, dirigióse á Navarra, yendo siempre en su vanguardia el regimiento de Pavia, que Anglona mandaba, al cual se habian unido á su paso por la capital varios grandes y títulos que coadyuvando al público ardor contra los franceses, creyeron no deber permanecer inactivos en la contienda; fueron los principales entre estos, el Duque de Frias, el Marqués de Santa Cruz, el Conde de Santa Coloma, el de Tilly, y otros que unidos al regimiento que mandaba Anglona, se dirigieron á Navarra.

Inmenso debió ser el efecto que produgera en el Emperador de los franceses la derrota de Bailen, si ha de medirse por los gigantescos esfuerzos que empleara para reparar el daño material y moral que le causara aquel primer revés, en el que 19,000 hombres de sus mejores soldados y dos Generales de primer crédito habian entregado sus armas á un ejército de reclutas españoles. En efecto, sus primeros capitanes,

Soult, Ney, Junot, Moncey y Victor, al frente de cuerpos numerosos el Norte de España y parte de Portugal, no era sino muy natural que nuestro naciente ejército hubiese de ceder en Tudela y Cascante; contando en sus filas solo reclutas, y no era posible tampoco existiese todavía una organización militar perfecta que le hiciera capaz de medirse con éxito con las huestes francesas, capitaneadas primero por el mismo Emperador, y auxiliado de los Mariscales franceses de mas nombradía que habían paseado por la Europa triunfantes las águilas del Imperio, humilladas no obstante en los campos de Bailen.

El Príncipe de Angloña debió de participar, y participó, aunque no sin distinguirse, de los reveses del ejército á que pertenecía, haciendo en Cascante esfuerzos, no sin éxito, para contener la desordenada retirada; si bien sufriendo en ella, como todos los que participaron de la derrota de Tudela y Cascante, penalidades sin cuento, hasta el extremo, dice el Príncipe en sus apuntes, de que estuvo muchos dias sin un solo maravedí, comiendo estrictamente la ración de soldado, y obligado á calzar albarcas, pues no le fué posible adquirir calzado con que reemplazar el suyo.

Después de tantas fatigas y penalidades sufridas en las aciagas retiradas, consecuencia de los desgraciados sucesos de Tudela y Cascante, que esparcieron aquel ejército por una buena parte del centro de España, se rehizo un tanto en la provincia de Cuenca al mando del Duque del Infantado, teniendo por sus segundos á los distinguidos Generales Marqués de las Amarillas y Venegas, los cuales acosados por las acusaciones y quejas de los pueblos, tuvieron que hacer un grande esfuerzo y tomar la ofensiva, atacando Venegas á los franceses en Tarancon la noche del 24 al 25 de Diciembre, haciéndolos experimentar un escaso daño, frustrándose el pensamiento de Venegas de acercarse á la capital, resolviéndose con prudente acuerdo á tomar posicion en Uclés, pues el Mariscal Victor se acercaba con fuerzas considerables, habiéndose verificado por último la desastrosa jornada de aquel pueblo, en cuya retirada prestó Anglona el eminentísimo servicio de evitar la completa dispersion del ejército que mandaba el Duque del Infantado, habiendo recibido un balazo, aunque no de consideracion.

Mas la rota de Uclés que habia hecho experimentar á nuestro ejército un gran revés, no produjo, co-

mo no lo producian nunca entre nosotros los diferentes que sufrimos, otro resultado, que una dispersion momentánea, seguida de la inmediata reunion de nuestros valientes en distinto punto, mas ó menos cercano, para lanzarse de nuevo al combate. Asi se verificó en efecto; despues de Uclés y en la Sierra Morena se reorganizó casi instantáneamente otro ejército, que no tardó á volver á medirse con los franceses en nuevos encuentros en la Mancha, siendo los principales los de Mora y Consuegra, donde en los momentos decisivos se distinguió no poco Anglona al frente del regimiento de su mando, atacando con arrojo indecible á los enemigos, manteniendo un fuego vivísimo, logrando libertar la artillería ya abandonada, y sostener y verificar una ordenada y brillante retirada de la infantería y cuartel general desde el Viso hasta el Puerto del Rey, siempre á vista del enemigo; pero como cargasen sobre los nuestros en combinacion Sebastiani y Victor, cada cual al frente de su cuerpo de ejército, hubieron de abandonar aquellos definitivamente la Mancha, pasando á Andalucia, á donde no trascurrió mucho tiempo sin que penetrasen los cuerpos franceses, que ocupaban dicha provincia de la Mancha y la de Extremadura.



Tan glorioso comportamiento del Coronel Principe de Anglona, le habian hecho obtener el 2 de Mayo de 1809 el grado de Brigadier, y pasando en Abril con su regimiento al ejército de Extremadura, tomó en dos distintas ocasiones el mando de toda la caballería por ausencia del Duque de Alburquerque que la mandaba: en ambas y como siempre, encontró el Príncipe medios de distinguirse; sostuvo con gloria la primera vez varios encuentros con los enemigos, y pasó la segunda el Tajo por el puente del Arzobispo, llegando á Oropesa, y obligando á replegarse de prisa la retaguardia enemiga mandada por el General Latour Mobourg.

En tanto que todos estos sucesos de la guerra pasaban, ya la poderosa Inglaterra se habia decidido á aprovechar la ocasion ventajosa que le prestara el continente español, alzado nacionalmente contra el coloso, con el que el poder inglés ansiaba medirse en tierra firme: con tal designio formó el General en jefe de esta nacion las memorables líneas de Terresvedras, avanzando sus tropas hácia Extremadura, presentando el gran espectáculo de reunirse un ejército inglés al mando del invicto Lord Wellington, despues Duque de Ciudad-Rodrigo, con el ya importante es-

pañol, verificándose la reunion en los llanos situados entre Oropesa y Talavera, componiendo los dos ejércitos reunidos una fuerza de 80,000 infantes y 20,000 caballos, de los que 42,000 eran españoles. De una brillante brigada de estos, tenia el mando el Brigadier Príncipe de Anglona, Coronel de Pavia, y con ella tomó parte notable en la célebre batalla de Talavera.

Verificóse esta en el terreno que se dilata desde Talavera hasta mas allá del cerro de Medellin, cuya extension es de tres cuartos de legua poco mas ó menos, empeñándose recio y sangriento combate entre el numeroso ejército francés, compuesto de los cuerpos de José Napoleon, que dirigia el Mariscal Jourdan, del del Mariscal Victor, y del cuarto cuerpo, mandado por el General Sebastiani, y el de los aliados al mando del General entonces Sir Arturo Wellesley, luego Lord Wellington, compuesto de ingleses, que ocupaban la izquierda y centro de batalla, y de españoles que tenian la derecha, con cinco divisiones de infantería y dos de caballería; trabándose un combate tan obstinado y terrible, que duró desde el dia 27 de Julio hasta el 28, y en el que tuvieron de pérdida los franceses 7,389 hombres con 47 caño-

nes, 6,268 ingleses y 4,200 españoles, muriendo dos Generales de cada parte, habiendo sido debidamente recompensado el General en jefe inglés con el grado de Capitan General de los ejércitos por el Gobierno de España, y por el suyo con el nombramiento de Par de Inglaterra con el título de Duque de Wellington.

Anglona con su brigada distinguióse aquel día á punto de haber alcanzado despues de la batalla el ascenso á Mariscal de Campo, y su nombre unido á gefes como Alava, Zayas, Basscourt, el Duque de Alburquerque y otros, entre ellos el de los distinguidísimos oficiales de artillería Entrena y Uclés, pasarán á la posteridad con la brillante nombradía de valientes.

Las operaciones militares posteriores á la importante batalla de Talavera, pusieron á Anglona en pocos dias en ocasion de prestar nuevos servicios, sosteniendo el puente del Arzobispo sobre el Tajo, atacado con desesperado vigor por Sault, que con su cuerpo de refresco se acercó; pero sin haber llegado á Talavera, cuya llegada habria podido cambiar la suerte de las armas de Francia, que no habia sido propicia en aquella sangrienta jornada; pero el ata-

que del puente, que fué pasado por Soult, no tuvo lugar sin experimentar una séria resistencia por parte de los españoles, y no poca pérdida de unos y otros, y singularmente de la brigada de Anglona, expuesta todo el tiempo al fuego de la artillería francesa, que causó en ella no pocas pérdidas.

Después de este suceso, pasó Anglona á Castilla con 4,500 caballos á fin de reforzar el ejército de este nombre, y allí tuvo nuevas ocasiones de distinguirse de una manera tan notable como lo verificó en otra importante batalla, que se conoce en los anales de la época con el nombre de batalla de Tamames.

Verificóse esta en la villa que lleva este nombre, situada á nueve leguas de Salamanca, en la falda septentrional de una sierra, que se estiende hasta Bejar. Allí se trabó la batalla entre el ejército francés al mando del General Marchand con 10,000 infantes y 4,200 caballos, y el español al del Duque del Parque y sus segundos los bizarros Gefes Mendizabal, La Carrera, Losada; Parque, Carrera y Losada se cubrieron de gloria, y Anglona, que en el momento mas decisivo y dudoso de la batalla, dió una carga desesperada al enemigo, y esta carga atrevida y bizarra decidió sin duda la victoria en nuestro favor, siendo su resul-

tado la evacuacion de Salamanca por los franceses.

Apenas entró en la ciudad, recibió el General Anglona el nombramiento de Comandante General de la caballería del ejército de Cataluña, á cuyo destino no llegó á ir, porque se lo estorbaron los acontecimientos sucesivos.

En efecto, el brillante triunfo de los ejércitos aliados en Talavera, despues del cual hubo de retirarse el ejército inglés, receloso de que cayeran sobre él, ademas de las fuerzas con que se habia medido, el cuerpo Soult, que unido al de Sebastiani, se dirigieron sin obstáculo hácia Andalucia, donde penetraron, llegando no solo á Sevilla, cuya Junta hubo de huir, sino hasta los muros gaditanos, contra los que, si es verdad se estrellaron los esfuerzos gigantescos del primer soldado del siglo, no por eso dejaron de poner en aprieto la independendencia nacional, cuyos últimos restos se refugiaron dentro de los muros de Cádiz, habiendo corrido presuroso á evitar la entrada de los franceses en aquel último asilo el Duque de Alburquerque con su ejército, del que Anglona hacia parte, cuyo movimiento, separándole tanto de Cataluña, para donde habia sido destinado, se le mandó seguir en Cádiz sus importantes servicios. Confririó-

sele en seguida el mando de la segunda division del ejército que defendia la Isla Gaditana , cubriendo con ella alternativamente sus numerosas obras de defensa y el importantísimo arsenal de la Carraca. Estrechóse el sitio puesto por los franceses á la expresada Isla , y sus ilustres defensores determinaron obrar militarmente á espaldas de la línea enemiga, con tanta mas razon, quanto contaban con medios suficientes para verificarlo , habiendo acudido ya á la defensa fuerzas inglesas de importancia unidas á las españolas. Embarcóse en Cádiz una considerable expedicion al mando en gefe del Teniente General D. Manuel de la Peña, que confió el de su vanguardia al General Lardimel, la reserva inglesa á las órdenes del General Graham, y á las del Príncipe de Anglona el cuerpo del centro.

Al amanecer del siguiente dia en que la expedicion desembarcó en Tarifa, se puso en marcha, cayendo bruscamente sobre la izquierda de la línea francesa que circumbalaba la Isla Gaditana, y despues de una encarnizada refriega, hubieron los franceses de retirarse con pérdida considerable por Chiclana y Puerto Real, extendiéndose la alarma en toda la línea de los sitiadores.

Por entonces se casó el Príncipe con la hija de los Marqueses de la Motilla, la Sra. Doña María del Rosario Fernandez de Santillan y Valdivia, de cuyo matrimonio tuvieron varios hijos, existiendo solo al presente D. Pedro y D. Tirso, este casado en la actualidad con la Duquesa de Uceda, hija única del primer matrimonio del Duque de Frias.

Al mismo tiempo que tenia lugar al frente de la Isla Gaditana el grande acontecimiento de la batalla de Chiclana y Torre-Barrosa, crecian los medios de nuestra defensa en el condado de Niebla, teatro por mucho tiempo de las glorias de nuestro inolvidable ejército mandado por el memorable General Ballesteros, al cual fué destinado Anglona, pasando á él con la division llamada Asturiana, que tomó el nombre de tercera division del ejército, y con ella hizo desalojar con notable pérdida del enemigo el pueblo del Campillo, no sin la amargura de haber visto recibir un balazo al distinguidísimo D. Santiago Mendez Vigo, que fué despues y ha sido hasta su muerte uno de sus amigos. Tambien hizo desalojar á los franceses con su brillante division el pueblo de Arola, tomando parte activa en la entrada de Osuna, que fué ocupado por el ejército de Ballesteros, quedando en el campo de

Gibraltar, hasta que invadido por numerosas huestes de franceses, hubo de refugiarse con sus tropas á Tarifa; pero donde el Príncipe tuvo una brillante ocasion de distinguirse de nuevo, fué en la notable accion de Bornos de Guadalete. Mandó Ballesteros desplegar la primera brigada de la division que Anglona mandaba en frente de la línea atrincherada de los franceses, sufriendo aquella un nutrido y mortífero fuego que obligó á Ballesteros á mandarla retirar, despues de haber dejado Anglona en el campo ó muertos ó heridos mas de mil hombres de los tres mil que componian su division, cinco Gefes, mas de cincuenta oficiales, con dos balazos su caballo, herido su ayudante de campo y dos de sus ordenanzas; «en tan críticos momentos (copio su hoja de servicios) emprendió su retirada »lentamente por escalones, quedándose con el regimiento de Infiesto, que fué el último con que pasó »el vado con el mayor orden, sin embargo que los »enemigos llegaron casi al mismo tiempo que él al rio, »hasta donde le siguieron á medio tiro de pistola. El »ejército le pasó tambien sin ser incomodado, y se cubrieron los bagajes de él, salvándose, é igualmente »la misma tercera division por su valor y serenidad »en las críticas circunstancias en que se halló, desde

»que empezó á retirarse, pues su suerte es muy posible no hubiese sido tan ventajosa, si su comportamiento no hubiese sido tan bizarro». Hasta aqui textualmente su hoja oficial de servicios.

Rehecho el ejército, y formado de nuevo en tres divisiones, Ballesteros dió al Príncipe el mando de la primera, quedando á su cuidado el Campo de Gibraltar y parte de la Serranía de Ronda, tardando poco en volver á tomar con su division parte muy activa en la ocupacion de Granada, evacuada por los franceses, á los que atacó fuertemente nuestro ejército en Antequera el 3 de Setiembre.

En principios del año inmediato tomó de nuevo el mando de la primera division del tercer ejército, que dejó un momento para acudir al que operaba cerca de Cádiz; entonces obtuvo el de toda la caballeria de Ballesteros, con la cual pasó á la Mancha en observacion de los enemigos, que ocupaban la línea del Tajo, hasta que se dió principio á la campaña de Mayo de 1813. Salió todo el ejército de Ballesteros de los acantonamientos de Jaen, dirigiéndose á las líneas de Castalla y del Jucar, no sin algunos encuentros con los franceses, asistiendo Anglona al gran reconocimiento hecho sobre el enemigo el 13 de Ju-

nio de 1813 en Carcajente, siguiendo en la vanguardia del ejército, con la que entró en Valencia el 7 de Julio.

Seguió el ejército sin descanso hácia las fronteras de Cataluña, y el Príncipe fué destinado con su division al bloqueo de la plaza de Tarragona, porque ocupado todo el Aragon por los nuestros, hubo Suchet, obrando como prudente, de retirarse desde Valencia, y pasar el Ebro: recogióse á la derecha de este rio el tercer ejército, y marchando desde las inmediaciones de Tarragona por Tivisa y Mora la primera y segunda division al mando de Anglona, revolvió inmediatamente solo con la primera sobre Tortosa, movimiento hecho por combinacion del General en gefe de los ejércitos aliados el Duque de Wellington que se proponia, como en efecto se verificó, que el tercer ejército español dirigiera todas sus fuerzas á Navarra, donde apenas llegadas, su General el Duque del Parque, ya no jóven, y quebrantadísima su salud, despues de tantas penalidades y fatigas en la activa guerra que llevaba, hubo de retirarse del ejército, tomando el mando en gefe el Príncipe de Anglona, que se encargó del bloqueo de Pamplona.

Desde el mes de Julio de 1808 en que la memora-

ble batalla de Bailen se verificó, hasta que en Navarra tomase Anglona el mando en gefe del tercer ejército pasaron cinco años; y durante ellos no habia abandonado un solo instante el frente del enemigo, ni su espada puede decirse se habia envainado: Talavera, Tamames, Bornos, y mil y mil encuentros parciales eran testigos irrecusables, de que ni la amistad, ni la clase, sino sus altos merecimientos contraidos en el campo, le habian hecho llegar al mando en gefe de un ejército insigne, á quien la suerte destinaba á ser uno de los primeros que tremolasen sus viejas y ensangrentadas banderas en la orilla del Vidasoa; en efecto, poco tiempo despues tenia su cuartel general en Irún. ¡Qué emociones no sentiria el bizarro y joven General que contaba solos 25 años, al verse al borde de la frontera de Francia, y recorrer en su mente lo que habia pasado por él como soldado, desde que viera escoltar su regimiento á Dupont prisionero, hasta el momento que en Irun amenazaba con un lucido y brillante ejército los confines del Imperio, cuyo gefe habia querido humillar la fiereza y altivez de la Epaña, en cuya historia está tantas veces escrita con caracteres de sangre, que nunca pudo osar impunemente ningun extrangero atentar contra su in-

dependiente nacionalidad. Salve jóven ilustre, á tí, sí, que podria haberte cabido el derecho de repetir en voz alta á las orillas del Vidasoa el célebre dicho de Sancho Ortiz al Rey D. Pedro:

En la Córte gran Señor
El soldado se amancilla,
Se vé mejor y mas brilla
Frente al Moro lidiador.

Mas su mision militar no estaba todavia cumplida en las márgenes del rio que nos divide del francés, era preciso que lo pasase, como lo pasó en efecto en los primeros dias de Abril de 1814, y que presenciase altivo hondear los leones y castillos de España, y las lises de los Borbones dentro de Francia mismo al frente de los muros de la plaza de Bayona, en cuyo sitio tomó parte gloriosa, contribuyendo á restablecer el pasagero descalabro que una fogosa salida de los sitiados en Bayona hizo sufrir á los ingleses, que se reunieron pronto, estrechando á Bayona, en cuya situacion firmóse el 18 de Abril el armisticio entre los Mariscales Soult, Suchet, y Duque de Wellington, siendo consecuencia el devolver á los españoles todas las plazas ocupadas todavia por los franceses,

cesando las hostilidades delante de todas las plazas bloqueadas, concluyéndose en fin de este modo la gloriosa guerra de la Independencia, en la que Anglona recogiera tantos y tan merecidos laureles.

Mas quién hubiera de decirle, que antes de mucho y despues de nombrado Teniente General á la conclusion de la guerra en 1814, y á pesar de la paz conquistada á tanta costa, habia de trocarse tan pronto aquella gloria en amargos sinsabores? ¡Tal es la condicion del corazon humano! La perturbacion material que causa á un pais una guerra, vé su fin natural en la paz; pero la perturbacion moral, que alcanza á las sociedades como resultado del combate de opiniones y de ideas filosóficas ó políticas distintas y contradictorias, y por lo mismo semi-inconciliables, conmueven tan hondamente los pueblos, que no es obra de poco tiempo el avenirlos y conciliarlos.

Tal era la situacion de la España dividida en dos bandos distintos, uno que pensaba que no podia haber bien y ventura para ella sin mudarle todo, y sin adoptar por completo las ideas y las innovaciones perturbadoras del pais vecino desde 1789, al paso que los otros, temiendo con exageracion, anhelaban volver sin reserva á las condiciones de la España an-

terior á 1807, y si posible fuese, borrar del libro de la historia los gérmenes de progreso que sembraron en nuestro suelo la mano del gran Rey Cárlos III, y de los esclarecidos varones que ilustraron su reinado.

En tan tenaz porfia, en la que la razon se hallaba oprimida por el férreo yugo de pasiones desencadenadas, el porvenir de la gran nacion, admirada entonces de la Europa, á quien esta debia en gran manera una independendencia que tuvo tan amenazada bajo el yugo de la espada de un soldado de fortuna, pendia del partido que adoptara su Rey Fernando VII á la vuelta de su cautiverio. Fernando, ídolo del pueblo español, y como tal revestido de todo el poder moral que créa la idolatría, contaba con la facultad de obrar á su libre albedrio, no necesitaba ni razon, tenia á su mandar la fuerza universal de un pais que le recibia con delirio. ¡Ojalá se hubiera constituido el mediador de las opiniones encontradas y en lucha que existian entre sus súbditos, todos leales, todos sumisos á su voluntad como Soberano! ¡qué otro hubiese sido el porvenir de la España! Jamás una revolucion política habria podido contar con un poder tan inmenso y conservador como tenia á la

sazon el trono ocupado por Fernando, que sin duda podia haber sido el balladar invencible contra toda clase de pasiones y demasías, y entonces, y solo entonces mejor que en ninguna ocasion de las semejantes en la historia de ningun pueblo del mundo, se presentó la oportunidad de hacer práctica la gran teoría del justo medio tan proclamada despues, y no realizada nunca, ni aun encargado de cumplirla un Rey tan capaz como el que por diez y ocho años ocupó el trono de Francia, de donde fué lanzado tan inconsideradamente.

Mas la Divina Providencia, en cuyos inefables arcanos está escrito el destino de los pueblos como de las criaturas, lo tenia resuelto de otra manera, y el Rey Fernando que, al pasar el Fluvia, venia lleno de deseos vehementes de labrar, agradecido, la dicha del leal pueblo que tantos sacrificios hizo por él, cayó en el lazo que le tendieran pasiones é intereses villanos, y en vez de colocarse á la cabeza de la gran nacion que Dios le habia llamado á regir, colocóse á la de un partido, como todos, intolerante y exclusivo; como los mas, desatentado é injusto. Dividióse aquella España, modelo admirable de unidad en defensa de su Rey y de su independenciam, y dividióse

para no volver jamás á andar unida: hablen los acontecimientos posteriores.

Anglona, joven y culto, hubo necesariamente de pertenecer al partido, que creyendo necesario á la España seguir el camino de reformas prudentes y juiciosas, se le pintó al Rey Fernando como enemigo, y de contado Anglona tomó su cuartel para Madrid, donde se retiró á su casa.

Mas la guerra contra Bonaparte que parecia terminada, no lo era aun, y el episodio de los cien dias hizo indispensable á los aliados volver á los combates terminados en Waterloo, y la España hubo de invadir de nuevo el territorio francés, habiendo sido nombrado Anglona el 30 de Abril de 1815 segundo General en jefe del ejército llamado de la izquierda, con el cual volvió á entrar en Francia, permaneciendo en aquel importante cargo hasta Setiembre del mismo año, en el que se restituyó á Madrid de cuartel.

Tal era la situacion pasiva del Teniente General Príncipe de Anglona, cuando la reaccion, ley de la naturaleza, produjo en los primeros dias de Enero de 1820, una explosion revolucionaria de larga trascendencia, alzando Riego en las cabezas de San Juan el

pendon de la Constitucion de 1812, que hubo de permitir el Rey Fernando fuese proclamada en Madrid, como ley del Estado, en Marzo de aquel año, en medio de un motin popular de sérias proporciones. En él apareció Anglona ocupando el puesto de los leales; yo le ví, y á mi lado desenvainó su espada para contener las demasías de la plebe sublevada que ocupaba las escaleras de Palacio, y que los esfuerzos hechos por pocos, y entre ellos los de Anglona, logramos contener, evitando fuesen ocupadas las régias habitaciones por gente amotinada.

Tan decidida aptitud de Anglona, á quien los hombres de 1820, no podian dejar de respetar por su historia y antecedentes políticos, hicieron pensar, y con razon, al Rey Fernando, que nada podia inspirarle mas confianza ni cubrir mejor los riesgos momentáneos, que la lealtad de Anglona, y en efecto el mismo marzo de 1820 fué nombrado para el mando que en otro tiempo y por muchos años desempeñó con grande aceptacion su ilustre padre, de Coronel del Regimiento de Reales Guardias de infantería española, en cuyo destino prestó considerables servicios al trono y al orden público, ejerciendo sobre sus subordinados el influjo y poder propios de su bien marcada

superioridad; y habiendo continuado en tan importante puesto hasta que exigencias calorosas de la revolucion le creyeron poco á propósito para secundarlas, se le nombró Consejero de Estado Constitucional en Mayo de 1824.

No fueron en verdad menores los servicios prestados por Anglona como Consejero de Estado, que los que prestó en su dia como Coronel de Guardias; su opinion siempre en favor de la regularidad y el órden, fué sostenida en los mas críticos y difíciles momentos con la arrogancia de un soldado y con la consecuencia de un hombre político de ideas fijas y de principios monárquicos constantes y nunca interrumpidos.

Mas ni estos servicios, ni los tan brillantes prestados en la guerra de la independendia, pudieron ponerle á cubierto de la fermentacion de las pasiones que en 1823 pusieron en conflicto la Monarquía, bajo el peso de un desbordamiento horriblemente democrático y revolucionario que se desarrolló entre nosotros, al abrigo de la anómala bandera del absolutismo, invocando sacrílegamente el Altar y el Trono, como si en los altares de un Dios de paz se pudiesen tributar holocaustos á la conculcacion de todos

los principios religiosos y sociales, y como si el encumbrado trono donde se sentara un dia Cárlos I y Cárlos III, pudiera acoger bajo el régio manto la plebe desenfrenada, atropellando las primeras clases del Estado. Tal fué sin embargo el distintivo de la aciaga reaccion acaecida en España en 1823 con la proteccion de las armas francesas, que mas felices esta vez que en 1808, penetraron arma al brazo desde el Vidasoá al Guadalete. Una de las víctimas de este desbordamiento debió ser, y fué en efecto, el Teniente General Príncipe de Anglona, que buscando tranquilidad, hubo de abandonar su patria, para esperar en el extranjero mejores dias; y por lo tanto, en Febrero de 1824 marchó á Italia, donde permaneció algunos años, dedicado al estudio de las artes y de la historia, que fueron siempre el objeto incesante de su aficion predilecta.

Desde el casamiento del Rey Fernando con la distinguida Princesa de Nápoles Doña Maria Cristina de Borbon, y despues de que ilustres desengaños habian demostrado en el año 1827 á aquel Soberano lo que podria esperar ó temer de los clubs del Angel exterminador, comenzó para España una época mejor, y sobre todo de mas tolerancia, alzándose en

1830 la nueva bandera de la sucesion directa, bajo la cual corrieron á cobijarse todos los hombres, que nunca revolucionarios y siempre monárquicos, veian alborozados la régia cuna como emblema de esperanzas y puerto de salvacion.

Uno de estos españoles leales fué el Príncipe de Anglona, que dejando la bella Italia, volvió á España, debiendo forzosamente tomar parte en los inmensos sucesos políticos sobrevenidos como forzosa consecuencia del 29 de Setiembre de 1833, dia en que murió el Rey Fernando, dejando á su augusta Esposa Doña Maria Cristina el grave cargo de regir el Reino, y á la hidalguía española la alta mision de amparar la Reina huérfana de apenas tres años de edad.

En efecto, en los primeros cambios políticos ocurridos á la muerte del Rey, cúpole en suerte á Anglona haber de ir á tomar el mando de la Capitanía General de Cranada, lo que verificó el 23 de Noviembre del mismo año 1833. Dificiles altamente eran aquellos momentos en los que en el Norte de España habia aparecido la nueva bandera de Cárlos V, precursora segura de una guerra civil de grandes dimensiones. Mas ni ella, ni ningun signo de perturbacion tuvo que contener Anglona en la Capitanía General

de Granada, cuyo mando le confiara la Reina, si bien por pocos meses, pues el 7 de Abril del año inmediato de 1834, fué nombrado Capitan General de Andalucía, pasando en consecuencia á Sevilla, donde la Providencia le reservaba no escasas dificultades y complicaciones, que su lealtad y su capacidad vencieron con honra.

En efecto, el cólera morbo habia ejercido duramente sus rigores en Granada y Sevilla, y en tan angustiosos momentos su Capitan General Anglona se conservó sereno y firme en su puesto, cooperando con todo el lleno de su autoridad, y con su acostumbrada energia, á dulcificar por medidas y precauciones bien combinadas los alivios posibles contra el azote que se experimentaba. Calmada tan gran calamidad, que en varios puntos del Reino, y singularmente en Madrid sirvió de pretexto para sérias perturbaciones políticas que á la sazón llenaron de luto el Reino, y mancharon nuestra historia con la sangre de inofensivos sacerdotes, dando señal con ella á la revolucion política del año 1835, que al fin se verificó, cupo á Anglona una buena parte en su Capitanía General de Sevilla, en donde coetáneamente aparecieron síntomas de alarma, precursores del general trastorno que ya esta-

ba extendido por toda España. Anglona, firme como siempre, apenas se sintieron en Sevilla síntomas de agitacion producida por las esparcidas voces del pensamiento de los revolucionarios de destruir los conventos, publicó una proclama vigorosa, anunciando que contaba con la guarnicion y la milicia para poner coto á las exigencias de los agitadores, y con ellas consiguió momentáneamente paralizar la revolucion; ¿pero quién pudo contener el desbordado torrente que por todos lados disolvia el órden público, pasándose á los agitadores hasta los elementos materiales creados por las leyes para conservar el órden y garantir á la sociedad contra las perturbaciones y las demasías? Asi sucedió al Capitan General de Andalucía, Príncipe de Anglona: se tuvo firme y resistió, mientras conservó elementos chicos ó grandes en que apoyarse; cuando no le quedó ninguno, hubo de abandonar su puesto. Cumple á la gloria del ilustre General cuya biografia me ocupa, copiar aqui lo que sobre este suceso dicen con cabal exactitud los Anales del Reinado de Isabel II. «Desde muchos dias antes se »habian notado en aquella gran ciudad tales síntomas de agitacion, y circulaban tales voces sobre la »destruccion de los conventos, que el Capitan Gene-

»ral, Príncipe de Anglona, tuvo el 24 que desvanecer
» aquellos recelos, manifestando en una proclama que
» contaba para mantener el órden con la guarnicion y
» la milicia urbana. En breve, empero, cuidó esta de
» probar que era vana la confianza de aquel gefe. En
» la mañana del 30 se reunió ella armada en su cuar-
» tel, y desde alli pidió la reunion de Córtes constitu-
» yentes, y las demas cosas de uso. Resistió Anglona,
» intimó á los conjurados que se separasen, les amena-
» zó con tratarlos como rebeldes sino lo verificaban
» antes de la noche, y los urbanos cedieron por en-
» tonces á las intimaciones del General. Conocido en
» Utrera al dia siguiente el mal éxito de aquella tenta-
» tiva, dispuso su milicia marchar al socorro de la de
» Sevilla, y asi lo anunció al comandante de esta.
» Avisólo él al Gobernador civil, quien convocó una
» junta de personas notables para que acordasen lo
» conveniente; pero, mientras ella deliberaba, los vo-
» luntarios ligeros de Andalucía dieron el grito de *viva*
» *la Constitucion*, que repitieron algunos urbanos, y en
» seguida todos los demas que inmediatamente se reu-
» nieron. El Príncipe de Anglona cedió el mando al
» Marqués de la Concordia, y, solo al favor de un dis-
» fraz, logró salir de Sevilla. Formóse en seguida una

»Junta de Gobierno, á cuya cabeza se pusieron el
»nuevo Capitan general y el Gobernador civil.

Dimitió Anglona, como no podia menos, su destino de Capitan general de Andalucía, admitiendo su dimision la Gobernadora el 19 de Setiembre de 1835, y vino á Madrid tomando el asiento que le correspondia como Grande, en el Estamento de Próceres, en donde mas de una vez alzó esforzado su voz contra las demasías de la época, y sostuvo los principios que habia mantenido en sus vigorosas comunicaciones con el Gobierno durante su mando en Andalucía. Notable es por mas de un concepto una de estas, contestando al Gobierno desde Sevilla, que le pedia todas las tropas de que pudiese desprenderse, pues hacian urgente falta para reforzar el ejército del Norte; contestábale Anglona lo siguiente: «Si S. M. me
»autoriza para disolver la milicia urbana y que deje
»de existir esta fatal institucion, completamente incompatible con el órden y quietud pública, con un
»batallon tengo que me sobra para las atenciones de
»mi Capitanía general: si ha de continuar como está,
»necesito no solo toda la fuerza que tengo, sino que
»debo prevenir á V. E., para que lo haga presente
»á S. M., que aunque con otra tanta me refuerce,

»no respondo completamente de conservar el orden
»público que me está encomendado.»

Los lamentables sucesos de la Granja envolvieron también á Anglona en el número de los ardientes defensores del orden legal, que hubieron de buscar en una ausencia temporal un escudo á sus compromisos y á las pasiones momentáneas que habian creado aquellos fatales acontecimientos, marchando á Francia, donde permaneció hasta que aquietada la borrasca, fué nombrado Capitan general de la Habana en 7 de Setiembre de 1839, embarcándose para su destino, que desempeñó con gloria, aunque poco tiempo, pues la revolucion de Setiembre de 1840 trajo consigo exigencias que produgeron su reemplazo, embarcándose para dar la vuelta á España el 5 de Mayo de 1841.

Al llegar á Francia, creyó el Príncipe conveniente descansar de sus fatigas de navegacion en Paris, aguardando que las cosas públicas de España tomasen un carácter mayor de estabilidad que el que ofrecia á los ojos observadores é imparciales en Junio de 1841, en cuya época desembarcó Anglona en el Havre verificándose en Madrid á poco tiempo el gran movimiento político de los primeros días de Octubre del mismo año 41, que creó una nueva situacion de vio-

lencia y duda que naturalmente debia embarazar á un hombre de estado serio y ageno de las pasiones é intereses que se debatian con general fogosidad; permaneció pues en París, no sin manifestar cuantas veces fué llamado á darla, una opinion siempre prudente y la mejor, atendidas las condiciones de tan difíciles momentos.

Los acontecimientos de 1843, y el cambio de situacion política que ellos produgeron, trajeron de nuevo al Príncipe á Madrid, siendo naturalmente nombrado de los primeros Senadores que formaron el Senado hereditario; creacion de la reforma de la Constitucion de 1837 en la de 1845, tomando parte siempre ilustrada en sus deliberaciones, y siendo nombrado Vicepresidente del Senado en las tres últimas legislaturas.

En su brillante carrera habia obtenido el Príncipe del Rey Fernando la gran cruz de San Fernando, concedida á los Generales que mandaron en gefe un ejército en la guerra de la Independencia, y sus largos servicios militares habian condecorado su pecho con la ilustre de San Hermenegildo. El Rey de los franceses, que tuvo ocasion de tratarle durante su permanencia en Paris, concedióle la gran cruz de la Le-

gion de honor , y á mí , durante mi meteórico Ministerio de Febrero de 1846 , cúpome el placer de recordar á S. M. que en medio de tantas y tantas grandes cruces de Cárlos III, si bien no tantas como las esparcidas desde entonces , habia tres españoles , y los tres cuyos merecimientos los hacian muy dignos de tal merced , y uno de ellos era el Príncipe de Anglona , habiendo S. M. , con su natural benevolencia , conformádose con la propuesta de su entonces Ministro de Estado , cuyo cargo dejé sin haber propuesto mas á la régia munificencia .

Despues de esta época , ya el Príncipe empezaba á sentir el influjo , si no de una edad muy avanzada , pues apenas contaba sesenta años , del decaimiento de una salud puesta á prueba de penalidades fisicas durante la guerra , y de emociones morales experimentadas en toda su procelosa carrera , y la inflexible segur de la muerte caminaba hácia la cabeza del ilustre descendiente de los Duques de Osuna con paso sobrado perceptible para no asustar á la familia y amigos recelosos del próximo fin llegado tan de prisa , como llegó en efecto .

Descansa en paz ilustre Procer español , y acoge en tu tumba el eco triste del que , siempre tu amigo

desde nuestros primeros años, llora tu muerte, y espera tranquilo los destinos del Eterno para seguirte en la comun suerte á que condenó la naturaleza á todos los hombres, por mas altos que hubiesen estado en la tierra , á no ser otra cosa que

PULVIS, CINIS , NIHIL.

Madrid 16 de Marzo de 1851.

El Marqués de Miraflores.





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1346599